

La sultánida

(Poema en verso para sultanes sin graduación)

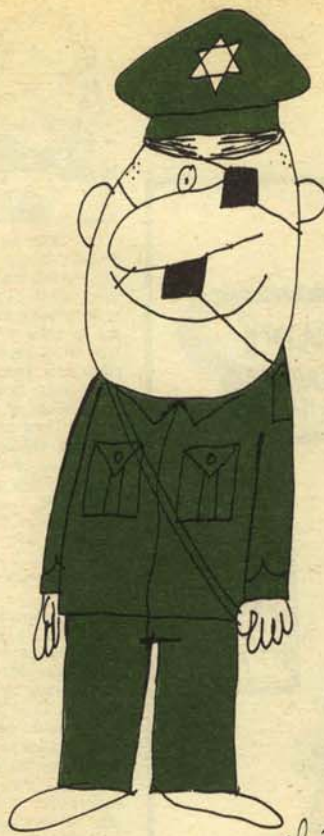
Por TIP y COLL

Las esclavas anuncian su llegada.
El sultán aguarda y calla.
Una nube de fosfóreas crisálidas
aparece tras el rostro de la ninfida sultánida.
Una aurora de florestas invernales;
una aurora de cosméticos romances...
La sultánida, romántica;
el sultán, junto al sauna, reposa el brazo
como estatua de la Roma o de la Grecia.
Las esclavas quedan pálidas.
"¡Llora! —dice el sultán—,
¡no quedes muda!, que en tu pecho el amor,
¿no dice nada?"
Un torrente de fúlpas va cayendo
por la escarpa nevada.
¡Sarna de buey la de aquel hombre!
Pues ve a la quimérica sultánida,
de sus codos pendiendo dos lacayos
de purpúreas y cálidas miradas.
"¿Qué lacayos son esos que te cuelgan de los
[codos?"
¡Di, contesta!", grita el sultán sepulvedano.
La criolla, de melenas casi octavas,
le responde con los dedos de una mano:
"Yo fui al parque, señor,
y vi dos nardas oscilando de impasible
[desdén;
me acerqué, las oí, quise arrancarlas...
Cuando en este deleite me entretuve
vi un áspid cleopatra al leñor del horizonte,
¡eran las cuatro!"

Un orange, un lebrél cruzan la estancia
rompiendo del silencio la monótona pagna.
Y las seis, las siete, nueve o veinte esclávadas,
del terror de un Apolo junta lívidas las
[mánidas.

Acompaña a la sultánida una esclava,
la recuesta sobre un lecho de bacterias.
¡Y a dormir, que es la hora de las bártulas!

¿Comprenden lo que queremos decirles?



El «soul» de la mala conciencia

Lo que antes era sensación de pecado ahora se llama mala conciencia. Pero los usuarios son distintos. Antiguamente, el pecado tenía un buen caldo de cultivo entre damas de ropero, congregantes e hijas de María; hoy la mala conciencia sólo anida en cabelleira de progresista. Antes era precioso. Si a una hija de María la asaltaban malos pensamientos en la ducha porque sentía cosquillas al enjabonarse el ombligo, el sábado acudía a la parroquia y mientras en el coro resonaban las voces blancas de la sabatina, esta hija vaciaba las cuitas de su corazón, palpitante bajo el canesú de percal, en un confesonario oscuro con sabor a rapé o a picadura selecta. Hoy los tiempos han cambiado: los ministros de Dios fuman emboquillado canario, los confesonarios están diseñados por Loewe y las hijas de María se bañan con sales de pino, sacan el musulmen entre la espuma, cantando el vals de las mariposas, y luego se ponen medias hasta la cadera.

Los progresistas piensan que pecar es una ordinariez. Lo mismo que llevar enaguas. Y mientras la Iglesia ha convertido su arquitectura de sillares en espectros de cafetería y ha acomodado los objetos de culto al diseño industrial «made in Milano», los progresistas han recuperado para sus fiestas los signos, pompas y brocados medievales. Le echan incienso a sus juergas del viernes, guardan la ginebra en sagrarios de anticuario y se vapulean con un cingulo importado del interior de Castilla para excitarse leyendo a Dylan Thomas con pinchitos de cantimplalos. Los progresistas han recuperado también el sentido de la culpa, pero los pecados son distintos.

Los congregantes batían mucho el sexto mandamiento: en otoño, que se iban de excursión a buscar setas y que si las setas son símbolos fálicos; en invierno, que si los árboles están desnudos; en primavera, que si la sangre altera, y en verano, que si las chicas se quitaban las medias y llevaban la manga arremangada, aparte de alguna mentirijilla al director espiritual, la lectura de Unamuno o el hurto de algún cenicero; total, que un congregante se pasaba el año agónicamente en plan barato. En cambio, el progresista, para tener mala conciencia, necesita manejar metálico y una cierta preparación para la tortura mental: pisar moqueta pensando en el obrero textil, repantingarse en un sofá y recordar al esclavo del mueblista, desayunar con mermelada búlgara y maldecir al importador, vivir como un pachá y predicar en el pub la huelga de la construcción. Estos progresistas de «boutique» también tienen un confesonario para purgarse: se van a una taberna cara, se ponen en corro y se disciplinan mutuamente hablando de Buñuel hasta las cuatro de la madrugada. VICENT

TARJETA-VISADO «H.L.» PARA PENETRAR EN EL MERCADO COMUN ¡¡¡EXHIBALA!!!

y pase



Por la presente, autorizo a D. _____
_____ y acompañante, de nacionalidad española, para que entren en el Mercado Común y gocen de sus ventajas.

Como unos españoles quieren y otros no —en eso estamos a la misma altura que daneses y noruegos—, HERMANO LOBO quiere contribuir a clarificar el confuso panorama. Por eso le ofrece esta tarjeta-visado, cuya sola exhibición le permitirá una elegante penetración y un farde singular entre sus amistades. ¡Que se sepa de una vez en dónde estamos los unos y los otros!

